

EL SUSURRO  
DE LA  
CARACOLA  
**MÀXIM HUERTA**



MÀXIM HUERTAS

EL SUSURRO DE LA CARACOLA

m̄r

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2011, Màxim Huerta Hernández

© 2015, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

[www.mrediciones.com](http://www.mrediciones.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-270-4196-7

Depósito legal: B. 8.633-2015

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

*Impreso en España-Printed in Spain*

# 1

En la cárcel me han dicho que me quede calladita. Que cuente hasta diez y me mantenga en silencio. Uno, dos, tres, cuatro... Tal vez es el momento de ser por una vez lo que no he sido en toda mi vida, una mujer prudente. Cinco, seis, siete, ocho... Por eso, esta mañana, cuando me desnudaron para hurgarme en todos los agujeros de mi cuerpo, sentí también que acababan de hacerme la radiografía de mi vida. «Calladita estás más guapa, desnúdate y abre las piernas sin decir tonterías», fue lo primero que me soltó la uniformada. La miré con asco, con el mismo asco con el que siempre he mirado a los hombres porque todas las palabras me sonaban de viejo. Me quité el vestido manchado de mermelada, me bajé las medias, las bragas, me liberé del sujetador y en ese instante, desabrigada frente a dos mujeres armadas y cuando en el reloj de mi madre marcaban las doce horas del día de Todos los Santos, decidí que había llegado el oportuno momento de cuidar de mí misma. Y diez.

En casa me había dejado las ventanas abiertas conscientemente para que entrara aire, para que se llenara de oxígeno lo que llevaba años almidonado en el calen-

dario de la rutina. Sobre todo para que se fuera el olor a alpiste y a pis de gato. No lo soporto, es increíble con qué fuerza se queda esta peste almacenada en las sienes y cuánto cuesta quitársela de encima, es —no quisiera escribir esto— un tufo a miseria que retrató mi vida durante años. El periquito no consiguió hablar a pesar de ser una preciosidad de colores, verde y amarillo, y eso que me había pasado horas y días sentada frente a él, metiendo el dedo untado en mantequilla para que el pobre bicho se hiciera amigo íntimo mío y repitiera su nombre de una puñetera vez. Si debo explicar el porqué de la insistencia con el animal, es porque fue mi única compañía durante días, semanas... Debía de impresionarle demasiado porque me miraba fijamente y movía el cuello dudando de mi constancia, se mojaba el pico en mi dedo, lo pellizcaba y, agarrado al palo con sus patitas débiles, volvía a sus ejercicios físicos de escepticismo. Qué ilusa. No aprendió nada y empecé a ponerme pasta de dientes en los dedos para que diferenciara los días amargos de los dulces. Ni con esas. Probablemente fuera sordo. O yo una obtusa. Incapaz de distinguir dulce de salado. El periquito cauterizaba mi fe en la enseñanza ornitológica con su simulado, espero, pasotismo. Así me pasaba horas, oliendo a alpiste reseco. Más tarde vino el gato, un minino que parecía bobo, pero que se hizo a los dos días con el mejor espacio de la casa, el hueco entre el sillón y el balcón donde tendía la ropa. Era la zona más fresquita. Allí junto a las cortinas colocó su morro cazador y vigilaba al periquito, meaba y hurgaba en la arena. Concluyo:

también olía a pis. Probablemente, he tolerado a los bichos porque en su día fueron regalos de Gonzalo, cuando llegaba a casa armado de cansancio y de sudor y limpiaba la falta de besos con un gato roñoso y un periquito de feria. Por eso aquí no me ha dolido sentirme violentada ante las funcionarias, su actitud fue infinitamente más cariñosa que la de él, a pesar del ímpetu de la rutina con que me tocaron. Supongo que para eso me he estado acostumbrando al desapego familiar. De hecho, la aversión que me provocaba su presencia en la cama se hizo invisible si yo quería. Aprendí pronto dos cosas: que el amor se puede simular y que los cuerpos son ajenos a los pensamientos. Es complicado decir con precisión, pero en mi caso conseguí dejar mi cuerpo en la cama sobornado a su lado hasta que concluyese sus cosas y salir a pasear por los tejados como una marypoppins para saltar libre y despreocupada entre los edificios o imaginar que me probaba ropas de las que había memorizado en los escaparates. Tal vez no se me ha entendido, pero mi cuerpo era mi cuerpo cuando yo quería.

La cárcel protege, estoy segura. Tanto que ya no huele a pis ni a alpiste y es mi primera victoria.

Abrigada en la celda he empezado a sacar mi colección de fotografías. Los álbumes en los que acumulo exactamente cuatrocientas cincuenta fotos plastifica-

das de mi idolatrado Marcos Caballero; son las fotos que he ido guardando y recopilando de mi actor favorito. La mayoría son de entrevistas que le han hecho en revistas, cosas de moda y anuncios en los que aparece. Unas veces mejor, otras peor. No puedo ser objetiva, siempre está absolutamente maravilloso. En ocasiones no le sacan tan guapo como es, pero debe de ser culpa de los fotógrafos. A veces está resultón, con ese aspecto de buena gente que le envuelve; arrollador cuando aparece de traje, más o menos expresivo si se lo propone con la mirada, cabreado o sorprendido si le pillan los paparazzis, pero siempre como un dios, mi Dios. ¿He dicho que son cuatrocientas cincuenta fotos de mi protegido? He sido una obsesiva guardando todas sus imágenes, meticulosa hasta decir basta porque la paciencia a veces la domino. He ido seleccionando aquellas en las que sale guapo o las que retratan momentos de su vida que considero importantes. Por eso hay miles de recortes que he ido tirando, porque estas que tengo plastificadas son las importantes, las que relatan su vida. Me tiemblan las manos de pensarlo...

El otro día conseguí una foto que no tenía contabilizada, una que ni siquiera sabía que existía entre su filmografía. Aparece absolutamente etéreo. Como un niño el día de su primera comunión. Digo el otro día, pero creo que fue hace un mes o dos, no sé muy bien. Está posando con unas caracolas de mar de diferentes tamaños

y tiene una en la mano una más especial. En general, casi todos los días he reordenado las fotografías minuciosamente hasta acabar agotada en el recuento. Al fin y al cabo, es mi tesoro fotográfico y por eso he ido tratándolas con mucho cuidado. Es que no quiero que se me estropeen, me moriría, por eso algunas las tengo repetidas y son con las que me manejo para verle y sentirle cerca. Para tocarlas.

Simplemente repasar sus gestos a lo largo de toda su carrera, foto a foto, me ha bastado para que no sea un desconocido, para tenerle localizado y para saber el punto exacto en el que estaba su corazón. Mirándole he aprendido a distinguir cuándo estaba enamorado y cuándo no. No, no estoy loca, cuatrocientas cincuenta fotografías son pocas comparadas con las horas que no le he visto de cerca y que lo he tenido alejado de mí. Todo no ha sucedido ante mis ojos, ¡maldita sea! Yo querría haber sido testigo de toda su vida. Haber estado en todas sus clases de teatro, en los cumpleaños, haber abierto con él los regalos, ser la compañera de sus primeros secretos, de sus viajes, de los besos... o de los miedos.

Me he ido conformando la mayoría de las veces con verle a través de las fotos. Sobre todo ahora que estoy en la cárcel...

He desplegado sobre la cama dos carpetas en las que he guardado su vida separada por bloques: en una he guardado aquellas en las que aparece solo y en la otra, aquellas en las que está acompañado, esas las he ido separando. Justo en esta última carpeta es donde



está la foto del otro día. La de las caracolas. Yo sabía que estaba extraño, como con una desgana de enfado que le hacía tener la mirada perdida, se le nota mucho en la foto, y eso que últimamente he observado que siempre se pone gafas de sol para todo y hacen invisible su desánimo. Por eso tuve que empezar a fijarme en sus manos, en cómo las colocaba y si las agarraba fuerte o las escondía en los bolsillos. Su pose favorita es cruzado de brazos como abrazándose a él mismo.

En la cabecera de la cama, justo bajo el colchón de la litera de mi compañera de celda, he puesto con celo una foto de la primavera, es cuando suele estar más guapo de todo el año, se le nota relajado y ausente de problemas, como si el año empezara ese mismo día con alguna novedad. En la primera fotografía que he pegado en la pared tiene la sonrisa auténtica, no la que pone postiza para los fotógrafos, tan mentirosa y absurda; la que se ve en este retrato es real, feliz, abiertamente feliz. Alrededor he ido desplegando otras parecidas, no siempre sale bien, pero a mí me gusta incluso cuando se le nota turbio y distraído o cuando le pillan de improvisado y sale como enfadado sin estarlo. He ido coleccionando todas sus fotos, haciendo una cuidada selección de las mejores y descartando las pequeñas o las excesivamente repetidas. Tengo un primer plano del estreno de la primera película, que es mi favorita; también una en la que sale girado hacia su hombro y que se le ve tan dichoso como radiante. Y otra con gafas de sol. Y una con los brazos estirados como queriendo volar que me hartaría a besarlo. Y la del balón de playa.

Y la del sofá rojo. Y en la que está disfrazado de espadachín. Y... Y... Me hace mucha gracia una serie de tres retratos en los que simula a los monos de la sabiduría, con las manos en la boca, con las manos en las orejas y la tercera queriendo taparse los ojos a modo de guiño. En el tablón de corcho he colgado una en que se le advina sosegado ante la cámara, va vestido de camiseta y vaqueros y aparece acurrucado en la alfombra de su casa. Al lado he puesto la del traje azul clarito que llevaba el día que salía del restaurante con los directores y una chica. Así he ido cubriendo todo el corcho con fotografías, sin dejar huecos, montando un tapiz con sus miradas. Una junto a otra según el orden con el que las he ido coleccionando para vigilarle de cerca. Es mi única tarea desde hoy, ir poniendo y quitando fotos para mejorar este escenario en el que me han metido y hacer fácil el paso de los días. Puede parecer engorroso, pero no tengo nada más que hacer, ni quiero, la verdad. Me tocará ganarme el cariño de las guardianas porque únicamente espero —y esto es de vital importancia— que me sigan trayendo las revistas. De hecho, lo que me gustaría es ser la encargada del economato o de la biblioteca, me he enterado de que existen varios reclusos incorporados al trabajo, «socialmente útil» dicen, dentro del recinto penitenciario y así me puedo evitar que sea una odisea tener que arrancar todas las fotografías que salgan en las revistas. He escuchado que hay un módulo que llaman de respeto en el que todo es distinto a este en el que me han metido esta mañana y en el que el trato es mejor y en el que la limpieza y el orden

son fundamentales. Haré todo lo posible desde hoy para que me cambien.

He dejado guardadas las carpetas para seguir mañana empapelando mi espacio y conseguir la sensación de que puedo verle cada mañana al abrir los ojos. Algunas prefiero dejarlas guardadas para que no se estropeen, las he barajado tantas veces en busca de sus emociones que me conozco de memoria todas sus euforias, sus zozobras y sus triquiñuelas para fingir estados de ánimo. Ahí te pareces a mí. Te pareces muchísimo a mí.

Antes de bajar a las zonas comunes he sacado cuidadosamente una foto de la carpeta azul; es una imagen que ha dado la vuelta a los quioscos a pesar de estar desenfocada. La foto me llamó especialmente la atención por algo que me desconcertaba. Se les ve fracturados, sudados... Nunca me han gustado las bocas gruesas, es un presentimiento que barrunto desde que mi abuela me dijo que al abuelo le partían la cara cada noche en prisión —qué paradoja haber imitado sus pasos—, y ahora cuando veo ese tipo de bocas hinchadas y rígidas, siento que todo empieza a torcerse. El abuelo murió por culpa de la guerra, le delataron y fue encerrado, y yo desde entonces empecé a cogerle manía a todo lo político. Mi madre, en esto he salido a ella, me mimó en el rezo diario y fue calcándome sus premoniciones. Tenía todas las supersticiones del mundo, que yo también he heredado. Yo le

tenía miedo, porque se olía el mal como los perros huelen el misterio y arrancan a ladrar mirando a un punto fijo. Ahora me he convertido en una mezcla de los dos, en prisionero y supersticioso. La primera vez que me barrunté que algo negativo pasaba fue en la feria del pueblo; era septiembre, no había hecho más que entrar al recinto de los pasacalles cuando, al mirar hacia la noria, empecé a oír gritos. «Un muerto, mamá», advertí. Al acabar mi premonición empezaron a oírse los gritos que había escuchado en mi interior: una niña de mi edad se había quedado enredada entre los hierros y había caído al vacío.

Esta vez, cuando vi la foto, intuí algo extraño. No me gustaba la chica de la boca gruesa.

«Módulo nueve, abrimos puertas. Salida general.»

El altavoz con el aviso ha sonado en todo el pasillo de forma metálica, no tenía origen, pero se hizo pastoso y bullicioso porque las puertas numeradas empezaron a abrirse electrónicamente para que todas las reclusas empezáramos a salir escaleras abajo en dirección al comedor. Observé mis paredes con las fotografías recién puestas y agarré una que tenía repetida para dejármela doblada en el bolsillo del chándal. Es la forma, la única forma, de que me acompañes en este nuevo lugar.

—Hola, señoras —dije al reconocer a las dos funcionarias que nos invitaban a caminar con prisa. Eran las mismas de esta mañana.

—Salgan todas hacia abajo, al comedor. —No sé ni si me reconocieron porque, aunque cruzaron la mirada conmigo, hablaban sin hacer excesivos movimientos, lo hacían de tal modo que resultaba frío.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó una extraña de coleta y tatuajes que se unió a la fila al mismo tiempo que yo.

—Begoña Rojo. Me llamo Begoña Rojo. —Cuando me pillan desprevenida, suelo inventarme mi nombre, es una barrera que me protege ante los desconocidos.

—Y ¿por qué estás aquí? —me volvió a preguntar. Aquello era real, aquí sí que no tenía necesidad de mentir porque con todo lo que llevaba recorrido durante años, con el cansancio de los mimos mal digeridos y con el agotamiento de seguirle a él día y noche, sentirme ahora entre estos pasillos alicatados de blanco no significaba una entrada al dolor, sino una salida. Llevaba meses chupando miserias, años alimentándome de las migajas del cariño de un chico que no me conoce de nada y al que conozco del todo. Prácticamente del todo. Mientras bajaba las escaleras hacia la planta baja apreté firmemente la foto doblada de mi bolsillo, sentí su cara, sus hombros, sus manos, su aroma. Me quedé callada un momento y sonreí:

—Por amor.